

ceses que han pasado en comision á aquella plaza, habia aun en los hospitales 400 enfermos, y aunque se habia disminuido mucho la epidemia, no habia cesado enteramente.

VARIETADES.

Tributo de las ciencias.

El espíritu humano despues de habersé arrastrado dos mil años sobre los vestigios de Aristóteles, se encontraba todavía muy lejos de la verdad. Enfin, apareció en Francia un jénio poderoso y atrevido, que emprendió sacudir el yugo del príncipe de la escuela: Este nuevo hombre vino á decir á los demas hombres que para ser filósofo, no bastaba créer, sino que era necesario pensar. A esta palabra todas las escuelas se turbaron: una vieja mácsima, reinaba todavía: ipse dixit, el maestro lo dijo: Esta mácsima de la esclavitud irritó á todos los filósofos contra el padre de la filosofía pensadora; ella lo persiguió como novador y como impío, lo arrojó de reino en reino, y se vió á Descartes huir llevando consigo la verdad, que desgraciadamente no podia ser aticiana al nacer. Sinembargo, apesar de los gritos, y del furor de la ignorancia, reusó siempre jurar que los antiguos fuesen la razon soberana: probó, además, que sus perseguidores nada sabían, y que debían olvidar cuanto creían saber. Discípulo de la luz, en lugar de interrogar á los muertos y á los dioses de la escuela, no consultó sino las ideas claras y distintas, la naturaleza y la evidencia. Por sus meditaciones profundas sacó casi todas las ciencias del caos, y por un golpe de jénio mas grande todavía, mostró el mútuo socorro que debían prestarse, las encadenó, las elevó las unas sobre las otras, y colocándose despues sobre esta altura, marchó con todas las fuerzas del espíritu humano así reunidas al descubrimiento de aquellas grandes verdades que otros mas felices han venido á arrebatarse despues, pero siguiendo los senderos de luz que Descartes habia trazado: Fueron, pues, el valor y la elevacion de espíritu de un solo hombre los que causaron en las ciencias esta feliz y memorable revolucion, cuyas ventajas gustamos hoy con una ingratitud soberbia. Necesitaban las ciencias un hom-

bre que osase él solo conjurarse con su jénio contra los antiguos tiranos de la razon; que se atreviese á hollar aquellos ídolos que tantos siglos habian adorado. Descartes se encontraba encerrado en el laberinto con todos los otros filósofos; pero él mismo se hizo alas, y voló, abriendo así un nuevo camino á la razon cautiva. (Guénard.)

LA VIDA DEL HOMBRE.

La vida humana es semejante á un camino cuyo término es un precipicio horrible. Se nos advierte esto desde el primer paso; pero la ley está dada, y es menester avanzar siempre. Yo quería volverme atrás... ¡Marcha! ¡marcha! un peso invencible, una fuerza que no se puede resistir nos arrastran: es forzoso avanzar sin pararse hasta el precipicio. Mil reveces, mil trabajos nos fatigan y nos inquietan en el camino: todavía si yo pudiese evitar este precipicio espantoso—Nó, nó, es indispensable marchar, es indispensable correr; tal es la rapidéz de los años. Nos consolamos, empero, por que de tiempo en tiempo se encuentran objetos que nos divierten, aguas corrientes, flores que pasan... Querriamos detenernos: ¡Marcha! ¡marcha!—Ya vemos caer á nuestras espaldas todo cuanto hemos pasado: ¡fracaso horrendo! ¡inevitable ruina!—Nos consolamos, porque llevamos algunas flores, cojidas de paso, que se ven marchitarse entre las manos, de la noche á la mañana, y algunos frutos que se pierden gustándolos! ¡Encantamiento! ¡ilusion!—Siempre arrastrando, te acercas á la hórrida caverna—ya todo comienza á borrar-se los jardines, menos floridos—las flores menos brillantes—sus colores menos vivos—los prados menos risueños—las aguas menos claras—todo se empaña, todo se borra. La sombra de la muerte se representa: comenzamos á sentir la cercanía del abismo fatal. Pero debemos llegar al borde: todavía un paso: ya el horror turba los sentidos, la cabeza se trastorna, los ojos se estravian.—Fuerza es marchar; querriamos volvernos atrás... ¡Ya no hay medio; todo ha caido, todo se ha desvanecido, todo ha escapado!!!

BOGOTA: imprenta de Bruno Espinosa.
Por José Ayarza. Año de 1829.